

CONFERENCIA XXVI

LA CORONA DE LA ETERNA MAGNIFICENCIA

1. **¿En qué consiste el ser perfecto?**—«No hay que juzgar una obra en sus principios; preciso es esperar su fin»—dice el proverbio con relación á las humanas empresas.

Esto no puede aplicarse á las obras de Dios. En Él, el principio es el fin, porque Él mismo es el principio y el fin. Á sus obras se aplica siempre la sentencia: «Las obras de Dios son perfectas». ⁽¹⁾

Muy diferentes son las obras humanas. Pueden llegar á ser perfectas cuando imitan las obras de Dios, pero no lo son en sus comienzos.

También en ellas constituye Dios el principio. Por lo demás, donde Dios no empieza, no hay principio. Pero el poder natural que da á los hombres y el auxilio de la gracia que les concede, no bastan para acabarlas, sino que deja este honor á la libertad humana.

Ahora bien, si el hombre realiza sus obras en Dios, se convierten en perfectas. Por pequeña que sea, es perfecta una cosa cuando parte de Dios y vuelve á Dios.

2. **¿En qué consiste el ser dichoso?**—Así se explica que las cosas humanas y nuestras propias obras nos satisfagan rara vez por modo completo. El corazón gira sobre sí mismo como una rueda de molino con rapidez aniquiladora. Porque como el hombre no le da de ordinario más que bagatelas para moler, debe necesariamente consumirse en breve plazo. ⁽²⁾

(1) Deut., XXXII, 4.

(2) (Bernard.) *Medit.*, 9, 23. Petr. Dam., *Apolog. de contemptu seculi*, c. 23.

Alejandro, el más feliz de los mortales, si es que el éxito puede engendrar la dicha, murió á los 32 años. Sus conquistas no le satisfacían, y ya no le quedaba nada por conquistar. Entonces se extinguió como una lámpara que se apaga. Los más grandes hechos de la historia universal realizólos por sí mismo, en vez de ejecutarlos de acuerdo con Dios. Y por cuanto no satisfacían su ambición, murió prematuramente de dolor y agotamiento.

Hecho curioso. Los éxitos maravillosos de los principales conquistadores son incapaces de satisfacer al pequeño corazón humano, y un vaso de agua fresca dada por amor de Dios á un pobre enfermo satisface al grande, al inmenso corazón de Dios. Este vaso de agua ¿no podría ser también un elemento de felicidad para el corazón humano?

Evidentemente que sí. Lo que se hace en unión con Dios y por Dios, es grano y oro puro. Que sea grande ó pequeño, es siempre algo de completo. Ahora bien, lo completo sacia el corazón del hombre, porque el corazón no mide con un metro, sino que, como Dios, pesa con balanzas. Por otra parte, lo que llena el corazón, produce el contento y la calma, y lo que da la paz y la alegría, concede también la verdadera felicidad.

3. **La dicha, prueba de la religión y de la virtud.**—Una filosofía, una religión, que no tengan en cuenta esta necesidad del hombre, no merece miramiento alguno. Lleno de horror se aparta el corazón de esos sistemas que, como el budismo ó el pesimismo, declaran que la empresa más elevada del hombre consiste en renunciar á la felicidad. ¿Acaso el hombre no ha sido creado para un fin? ¿Y consistiría su fin en consumirse á sí mismo, como el fuego fatuo, en esfuerzos sin fin?

Sin embargo, no basta que una religión admita simplemente que el hombre ha sido creado para la felicidad. Si se la promete y no se la da, le engaña; ni más ni menos. También aquí decide el fin.

La verdadera religión, la verdadera filosofía, la verdadera moral, el verdadero arte de la práctica de la virtud,

son únicamente los que satisfacen el corazón, los que hacen al hombre completo y feliz, eternamente feliz, perfectamente feliz.

La mejor filosofía y la mejor religión son, como muy bien lo dice Platón, ⁽¹⁾ las que preparan la muerte más hermosa y las que orientan con más seguridad hacia una eternidad bienaventurada.

El juicio definitivo sobre cada tendencia de vida y de pensamiento sólo puede pronunciarse en la eternidad y desde el punto de vista de la eternidad.

4. La verdadera religión debe hacernos dichosos desde esta vida.—¿Quiere decirse con esto que el hombre debe renunciar á la dicha de la vida para obtener la felicidad eterna?

Acusación es ésta que de buen grado se hace al Cristianismo, y se toma por pretexto, para rechazar su doctrina, que uno no podría resolverse á aspirar á un incierto más allá, sacrificando el suelo seguro que pisamos aquí bajo.

Pero éste es un error gravísimo, que desconoce todas las relaciones que median entre lo natural y lo sobrenatural. Este último no es un país extraño separado de este mundo por límites infranqueables, sino que penetra al mundo, y se une á él, á la manera como el sol, que, al iluminar la naturaleza, la calienta y vivifica.

No sería lo sobrenatural lo que es, si sólo ejerciese influencia en el más allá y para la eternidad.

Si, pues, la religión sobrenatural ha de ofrecer pruebas de su verdad al conceder la dicha al corazón humano, debe empezar por hacer al hombre verdaderamente feliz aquí bajo, siquiera no sea por modo completo.

Pues bien, la religión sobrenatural ofrece esta prueba. Todos podemos comprobarlo para nuestra propia satisfacción.

Sin duda que, dado el sentido carnal del hombre, jamás se le pondrá suficientemente en guardia contra la idea de que no hay que hacerse cristiano y vivir como tal para lle-

(1) Plato, *Phædon*, 12, p. 67, d.

var aquí bajo una vida cómoda y llena de toda especie de satisfacciones terrenales. ⁽¹⁾

Sin embargo, el que, como con frecuencia lo hemos dicho, se entrega por completo á Dios, no sólo no renuncia á ningún derecho natural, á ninguna alegría permitida, á ninguna bendición de esta vida terrenal, sino que, por lo contrario, se encuentra en mejor situación para gustar todo esto.

Cierto que los hombres mediocres ó infieles á sus deberes se lamentan sin cesar de los perjuicios que se les ocasionan y de los daños que se les originan. Y tienen razón, porque Dios, á quien no sirven, no puede satisfacerlos, y el mundo los engaña como engaña á sus servidores.

Pero los que todo lo dan para hallar á Dios, danse cuenta de que la Eterna Verdad ha dicho verdad al prometerles, no sólo la vida eterna, sino ya aquí bajo el ciento por uno de aquello con lo cual han contribuído. ⁽²⁾

5. El céntuplo de ganancia que es dado afirmar en el hombre completo.—Si en este contrato sólo se ganase el hombre á sí mismo, ya sería una ganancia inmensa.

El ennoblecimiento personal y la seguridad personal; he aquí, para decirlo de una vez, la única ganancia terrenal que indemniza de las penas de la vida.

Pero gana el hombre más de lo que podría suponer. «¿De qué sirve al hombre ganar todo el mundo si pierde su alma?» ⁽³⁾ En materia de posesión terrenal, no puede superar á Alejandro. Pero las decepciones del gran conquistador produjéronle más amarguras que alegrías le proporcionaron sus conquistas. Ahora bien, el que se gana á sí mismo, puede prescindir de todo el mundo, porque ha encontrado lo único que le llena, á saber, el contento humano completo y perfecto.

De aquí proviene la dicha de que, ya aquí bajo, gozan

(1) Augustin., *Catechiz. rud.*, 16, 24 y sig. *Sermo Domini in monte*, 1, 5, 13.

(2) Matth., XIX, 28.

(3) Matth., XVI, 26. Luc., IX, 25.

los santos. Imperfectos vinieron al mundo, pero se purificaron y alcanzaron una perfección tal como jamás la ha poseído ninguna obra maestra. Transfigurados fueron sobrenaturalmente, y se convirtieron en espectáculo para los ángeles y para los hombres. ⁽¹⁾ Sólo perdieron lo que podría cubrirlos de confusión, ⁽²⁾ y lo que ganaron así para ellos, de tal modo es sublime, que no pueden abstenerse de exclamar con júbilo: «Y así estoy inundado de consuelo, así rebose de gozo en medio de todas mis tribulaciones». ⁽³⁾

6. La posesión de Dios como base de la felicidad.

—Pero ¿qué vale el provecho que han obtenido en sí mismos, en comparación de lo que han ganado en Dios?

¡Ah, si alguien pudiese describirnos el bien que poseen los que han ganado á Dios! ¡Cuán felices nos haría esto si, con todo, pudiésemos comprenderlo!

Pero ¿qué ocurriría, si personalmente gozásemos de este bien? ¡Cuán dichoso debe ser el corazón del hombre, al poseer, en unión viviente, la verdad completa, la bondad completa, la belleza completa!

Allí donde una criatura posee únicamente un destello de estos tres bienes, muéstrase como arrobada, y olvida cuanto le rodea. ¿Cómo no hallarse en el colmo del contentamiento, cuando reciba en sí, no ya una débil manifestación de lo verdadero, lo bueno y lo bello, sino cuando se baña en la pura perfección, como el pájaro en las ondas del aire, como el pez en las profundidades del mar?

7. La felicidad completa solamente se tendrá en la eternidad.—Pero en esta vida de inestabilidad y de peligros, los mismos santos no han poseído jamás completa y seguramente estas dos fuentes de felicidad: Dios y ellos mismos. De aquí que también ellos, y sobre todo ellos, aspiren á ese día sin noche, en que la luz eterna y la seguridad inmutable los pondrán por fin y para siempre en el

(1) I Cor., IV, 9.

(2) Rom., VI, 21.

(3) II Cor., VII, 4.

goce completo de aquello á que tienden todos sus deseos y todos sus esfuerzos.

Ahora bien, este momento tan deseado llegará para todos los que conquisten la virtud perfecta, cuando lo que es corruptible se revista de la incorruptibilidad, cuando lo que es mortal adquiera la inmortalidad, cuando se realicen estas palabras: «La muerte ha sido devorada por la victoria». ⁽¹⁾

¡Ah, cómo entonces se colmarán todos los deseos, coronará el éxito todos los esfuerzos y se apaciguarán todos los temores! «¡Ah, cuán grande será la abundancia que ofrecerán los ricos depósitos que fecundaron la tierra con tan feliz simiente! Allí se gozará de los tesoros que habrán sabido adquirirse con lágrimas en el destierro de Babilonia, donde fué desdeñado el oro». ⁽²⁾

8. La contemplación de Dios como elemento de felicidad.—Rebasemos con el pensamiento—por cuanto no podemos hacerlo en realidad—los límites de esta estrecha y sombría vida, y consideremos la felicidad que inundará un día—por lo menos, así lo esperamos—á nuestro espíritu y á nuestro corazón, en la luz y en los horizontes inmensos de la eternidad.

El incendio universal ha cesado. Los terrores del juicio final han abierto el camino sin fin de la claridad y de la verdad eternas. La tierra, por tanto tiempo profanada, queda purificada y transfigurada. Nuevo cielo la cubre. El mal está vencido; ha desaparecido en las tinieblas, en el sitio en que se creó él mismo.

En virtud de la misma ley que aquella según la cual ha amontonado el mal en torno de la muerte, como alrededor de su centro, terrores y tormentos, todo lo verdadero, bueno y bello en las criaturas se ha reunido en torno de la luz, de la vida y de la felicidad de que había salido, y hacia las cuales ha aspirado como hacia un ideal supremo.

(1) I Cor., XV, 53, 54.

(2) Dante, *Parad.*, XXIII, 130-135.

Del mismo modo que la luz se descompone en siete colores diferentes, refleja cada santo la pura luz de Dios á su modo particular. Pero, una vez reunidos todos en torno del foco de luz eterna, el resplandor de su asamblea difunde la misma claridad que su fuente—por más que ésta lo haya hecho en grado mucho más elevado—ha difundido sobre ellos desde el abismo de su plenitud.

No falta ni un solo rayo; ni una sola laguna aparece. Estas solas palabras: «Por la primera vez, ni una sola laguna, ni con mayor razón, debilidades ni defectos», nos pintan el cielo.

Compréndense entonces estas profundas palabras de un poeta cristiano:

«Era un gran día de fiesta, del cual puede muy bien hablar el mundo, y produjo la mayor felicidad en todos. Entonces quedó colmada aquella inmensa brecha que la caída de Satán había abierto en la celestial Jerusalén». ⁽¹⁾

Pero mientras fijan sus miradas en el único centro de que han partido todos sus bienes, y en el cual todo se ha perfeccionado en ellos, distinguen un magnífico espectáculo que los sumerge en nuevo arrobamiento.

Cierta noche en que San Benito estaba en oración en una torre, advirtió una luz maravillosa, á cuya claridad vió el mundo entero como en un rayo de sol. ⁽²⁾

Transfigurados por la gloria de Dios, ven los santos, en proporción mayor, no todo lo que hay en Dios, sino todo lo que Dios quiere dejarles ver. ⁽³⁾

Para ello necesarias son dos cosas. Primeramente, certero golpe de vista sobre lo que Él ha hecho por su salvación, y luego, la penetración de todas las medidas tomadas por Él en el gobierno del mundo para conducirlos á la felicidad.

Con facilidad puede presentirse con esto el aumento de

(1) *Passional* (Kœpke) 572, 44 y sig., 50 y sig.

(2) Greg. Magn., *Dialog.*, 2, 35.

(3) Thomas, 1, q. 14, a. 8.

gratitud que experimenta su corazón y la poderosa claridad que penetra su espíritu.

9. La felicidad precedente del conocimiento de los enigmas que se refieren á la propia vida, y resueltos en la claridad del Cristo.—Ahora bien, toda su vida propia encuentra una explicación satisfactoria.

Todos los enigmas quedan resueltos de repente, solucionadas todas las cuestiones, apaciguados todos los dolores, secas todas las lágrimas, explicada toda mala inteligencia.

«¡Oh Dios, cuán justo y bueno sois! ¡Cuán poco hemos comprendido vuestra sabiduría!»

Tal es el grito que lanzan los bienaventurados, cayendo de rodillas, llenos de jubilosa confusión. Lo que fué causa de nuestros más amargos dolores, produce nuestra mayor felicidad. Lo que fué objeto de nuestras más fuertes resistencias, muéstrasen ahora como prueba de nuestro más grande amor. Allí donde teníamos motivos para creer que nos habíais rechazado, vemos que hemos sido materia de vuestra mayor ternura paternal.

«No. El Señor no ha olvidado nada. Todo lo que ha ocurrido, mesurado ha sido por Él de toda eternidad. ¡Ah, cuán poca cosa es el tiempo!» ⁽¹⁾

¡Gracias, Dios mío, de todo lo que habéis hecho por nosotros! Gracias por vuestros dones, por vuestra paciencia, por los auxilios que nos habéis prodigado. Pero gracias especialmente por la más bienhechora de las obras de vuestro amor, por todas las pruebas y sufrimientos que nos habéis enviado para purificarnos y perfeccionarnos.

«Antes de colocar cada una de las piedras de este edificio, que se eleva majestuoso en la santa luz, la ha pulimentado la mano del Maestro, trabajándola en todos sentidos». ⁽²⁾

Seguros ya de su salvación, y abarcando de una ojeada esta serie inmensa de disposiciones que Dios ha tomado de

(1) Eichendorff, *Weltauflauf*, G. W. (2) I, 448.

(2) *Celestis urbs Ierusalem*, Schlosser, (2) I, 222.

toda eternidad para hacerlos felices por siempre jamás, y que ha ejecutado, en el tiempo, por medio de su único Hijo, reconocen toda la importancia de la Redención, de la persona y de la actividad de su Redentor.

Y esto es lo que constituye la parte más perfecta de su felicidad. El conocimiento y el amor de Jesucristo eran ya, durante su vida terrenal, el móvil de todas sus virtudes. Sobre el modelo de su santidad formáronse ellos, y en su amor han bebido la fuerza para vencerse á sí mismos.

Pero ¡cuán imperfectamente conocían ellos entonces todo esto!

¡Ah, si hubiesen comprendido la grandeza de su amor, su bondad, su dulzura, su misericordia, su pureza, la rectitud de sus miras, como las comprenden ahora! ¡Ah, si hubiesen comprendido entonces la fuerza que da su gracia y la gratitud que exige, cuánto más hubieran hecho!

Pero su corazón mortal no hubiera podido soportar esto. Ahora que se ha transfigurado, puede soportarlo.

Ahora ven que todos los tesoros de la gracia que el Espíritu Santo ha difundido sobre ellos han sido cosechados en el Corazón de Jesucristo y en sus abiertas llagas.

Ahora ven que todo bien, toda bendición y toda salvación provienen del Hijo de Dios hecho hombre.

Ahora, que están iluminados por la magnificencia divina, ven por vez primera, con asombro y arrobamiento, la largueza y amplitud, la profundidad y elevación del amor de Cristo. ⁽¹⁾

Ahora comprenden en toda su importancia estas palabras, á saber, que Dios, sacrificando á su propio Hijo, nos lo ha dado todo con Él, ⁽²⁾ y ha renovado todo lo que hay en el cielo y en la tierra. ⁽³⁾

Ahora ven que á Él deben gratitud y amor por todo lo que han hecho; á Él, de quien todo proviene, en quien todo ha sido hecho, por quien todo ha sido reconciliado; á Él, que ha traído la paz con la efusión de su sangre; á Él, el

(1) Eph., III, 16 y sig.

(2) Rom., VIII, 32.—(3) Eph., I, 10.

primer nacido de entre los muertos, que murió y que vive ahora por toda la eternidad. ⁽¹⁾ Porque todo esto sólo ha sido hecho y sólo tiene valor por Él, en Él y con Él. Por Él han sido todos algo, y algo de completo, de grande, de mucho más grande que todos los felices del mundo, de los que ahora ya no se habla.

Las obras que en Él han realizado han sufrido la gran prueba en el fuego y en la balanza de Dios, y, á diferencia de las acciones del mundo, convertidas en humo, ⁽²⁾ durarán eternamente.

Pero todo esto sólo se realizó porque Jesucristo vivía en ellos, y porque Él ejecutaba sus obras por ellos. ⁽³⁾

Á tan sublime pensamiento, se dilata su corazón. Alzarse entonces de sus asientos, y adoran á Aquél cuya sede es la eternidad. Toman las coronas, las palmas y todos los distintivos con que la liberalidad de Dios los ha adornado, las depositan ante el trono de Aquél á quien pertenecen, y exclaman en transportes de júbilo inexpressable: «Digno eres, ¡oh Señor Dios nuestro! de recibir la gloria y el honor y el poderío, porque tú creaste todas las cosas, y por tu querer subsisten y fueron creadas». ⁽⁴⁾

10. La felicidad consistente en la penetración de la historia.—Después de penetrar su propia vida á la luz de la sabiduría divina, fácil les es penetrar también los destinos de la humanidad en general y los secretos de la historia.

Jesucristo es igualmente aquí el punto céntrico. Sí, Él constituye el centro de la historia universal, de los pueblos y de las civilizaciones.

Todo se refiere á Él como á su fin último, todo se mide por Él. Sobre Él fijan las miradas, así las generaciones que le precedieron, como las que le siguieron.

Tan pronto como un rayo de Él, sol del mundo, cae so-

(1) Eph., I, 22 y sig.; Col., I, 18 y sig.; Apoc., I, 18.

(2) Jr., LI, 58.

(3) Col., III, 11.

(4) Apoc., IV, 10, 11.